

había un grupo de criadas que reían y accionaban como locas. Ana se apoyó en el balcón un momento, y envuelta en las delicias del ambiente, sintióse acariciada por una ráfaga de dicha...

A la una de la tarde, hora señalada para salir, halló á don José más plácido y animado que de costumbre. Una vez en la calle cogióse suavemente del brazo de Ana, y dijo al criado:

—Tú vete detrás...

Vestía la muchacha un traje azul, sin arrequives ni ringorrangos, y empuñaba una sombrilla color crema, llena de caireles, y más fresca y risueña que el cáliz de una flor. Padre é hija caminaron despacio, hasta salir de la población, hablando de mil cosas. De vez en cuando, decía Ana:

—Si te cansas, dímelo.

Don José procuraba adivinar los sitios por donde pasaban.

—Ahora estamos en la plaza... Aquí á la derecha está el mercado... Ese ruido es el de la fábrica de don Fulano...

De este modo, llegaron á un arrabal del pueblo; y después de caminar un

rato por la carretera, el ciego se detuvo. El piso estaba seco y sin mucho polvo. Los árboles, desgarrados, sin hoja aún, no oponían gran obstáculo al paso del sol, que dibujaba en el suelo las sinuosas figuras de los pobres palitroques desnudos. En algunos, la hoja asomaba tímidamente su verdor por las yemas entreabiertas.

—Debemos de estar cerca del canapé,—dijo el ciego aludiendo á un largo asiento de piedra, para él lleno de recuerdos, que había al borde del camino.

—A cuatro pasos de aquí lo tenemos. Si te parece sentémonos... Lo que es hoy estarás rendido...

Sentáronse. Desde aquel sitio se veía amplísimo horizonte. Tenían delante de sí un paisaje lánguido y monótono; grandes tierras de labor, extensas praderas, cuatro ó cinco caseríos muy blancos, y allá muy lejos una sierra de montañas azules con crestería nevada.

—Aquí veníamos á estudiar de muchachos, cuando se aproximaban los exámenes,—dijo don José.—Ese castaño de Indias que debe de estar ahí al lado, le llamábamos nosotros el amigo de los va-

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA V. OCHOA

gos... porque nos daba sombra... ¡Qué tiempos!...

Y mientras Ana miraba con respeto la lozanía de aquel árbol que había prestado sombra á la niñez del anciano, éste, enfrascado en los recuerdos de su mocedad, permaneció callado hasta que preguntó:

—¿Está sano ese árbol, Ana?... ¿Tiene ya hoja?

—Comienza á brotar... Es un castaño muy hermoso...

—¡Cuánto viven, cuánto viven!...— exclamó tristemente don José.

Después de unos instantes, cambiando de conversación, dijo:

—Ayer hemos hablado de ti, Numa y yo.

Ana tembló de inquietud, sin poder remediarlo.

—Sí...—prosiguió don José.—¿Sabes que eres mala y severa, chiquilla? A Numa le tienes muy disgustado y muy triste...

—¿Triste?...

—Sí, hija, al menos eso me ha dicho... y allá él... Vamos, que el caso tiene gracia. Al verle tan desazonado, cualquiera

creería que le había sucedido alguna desgracia irremediable, ¡qué sé yo! Ahora, figúrate lo que me habrá chocado el saber por su boca que la causante de semejantes pesadumbres eras tú; loquilla. En fin, que es para reirse... El hombre está empeñado en que tú le pones la cara seria... y ahí lo tienes explicado todo...

—Me parece que tiene gana de broma ese don Numa... ¡Seria, seria! Como siempre. ¿Ó espera que me eche á reir en cuanto le vea? ¡Bah!

—Pues sí; le tienes preocupado. El pobre, la verdad, es un muchacho muy sensible y á ti te quiere, ¡vaya si te quiere! ¡Y pocas veces me lo ha dicho! por cierto que no recuerdo si te he indicado yo á ti algo...

—Sí, algo...

—Bueno, pues el chico, cada día se aficiona más á ti, y como es natural, le pasa lo que á todos los enamorados, que no ven la realidad y se imaginan cosas que no existen... Ya se lo he dicho yo: amigo Numa, usted no ve más que visiones. Ana no tiene motivos para mirarle con despego, muy al contrario, estoy

convencido de que le distingue á usted entre todos los jóvenes que conoce... Pues ¿querrás creer que no hubo medio de convencerle? Nada, erre que erre, que tú no le miras con buenos ojos, que le pones una cara que asusta, y en fin, —dijo don José haciendo esfuerzos para reír,—¿qué creerás que se le ocurrió?

—No sé...

—Pues bien... ¡que tienes un novio! ¡ja, ja!

Ana se puso roja de indignación, como si aquello fuera una delación vergonzosa.

—Sí, hija, un novio oculto, secreto; una verdadera novela, ¿qué te parece?...

—Me parece,—dijo Ana con entereza,—que tiene razón, que ha dicho la verdad...

No quiso mentir. Don José, al hacerse cargo de la confesión, volvió el rostro hacia su hija; y ésta, como si el viejo fuera á recobrar la vista de repente, y á expresar con los ojos su disgusto, dirigió hacia el suelo la mirada, mientras que sus dedos jugueteaban nerviosamente con los flecos de la sombrilla.

—¿Que ha dicho la verdad?... ¡Niña, niña! ¡Sin yo saberlo! Estás loca...

—Pues es cierto... Ya sabes que no sé mentir,—dijo Ana con voz agitada.

—Pero chiquilla, ¿tú ignoras la trascendencia de eso? ¿No sabes que has obrado mal... ¿me oyes? muy mal, al ocultárnoslo todo á mí y á Socorro?... ¿Acaso tienes tú la experiencia necesaria para decidir en asunto tan serio, el más grave de la vida?...

Don José daba á su voz una entonación cada vez más cavernosa y severa. Prosiguió:

—¿Sabes tú acaso la importancia que tiene para la mujer la elección del hombre que ha de acompañarla toda la vida?... Ese Raimundo, por lo que me ha dicho Numa, es un abogadillo oscuro, sin posición, sin nada... mientras que Numa...

—Dicen que juega,—se atrevió á decir Ana.

—Jugará por pasatiempo, como todas las personas acomodadas, hija. Ese no es defecto teniendo fortuna para ello... Pero en fin,—dijo el ciego procurando no dar importancia al asunto,—estoy diciendo

cosas y pronunciando sermones que no vienen al caso, porque todo eso, picarilla, no pasará de ser unos amoríos pasajeros, y á ti te sobran cordura y formalidad para no hacer caso de mequetrefes, y guiarte por lo que te digan tus padres... ¿verdad, loquilla?

Ana calló.

—Contesta, niña...

Contestó con un sollozo. Y luego dijo en voz baja:

—Por Dios, papá... Si es que le quiero...

—Pues hay que olvidar, olvidar,—exclamó don José con impaciencia.—Eres muy joven para querer al primero que llega...

Y diciendo esto se puso en pie el anciano, y siguió así:

—Vámonos hacia casa, y piensa bien lo que he dicho, hija mía, que no es más que por tu felicidad. En esta vida, no puede uno dejarse llevar del primer impulso. Es preciso tener valor, luchar, reflexionar mucho; y cuando no se posee la experiencia suficiente para vivir, como te sucede á ti, que has nacido ayer, es necesario dejarse conducir por nosotros los viejos, los maestros proba-

dos en el combate, niña... ¿Comprendes?

—Sí, papá...

—Pues basta por hoy. Dame el brazo, si no te fatigas... Dentro de unos días, lo más pronto posible, nos iremos á Rocamar... Y á ver si allí entras en vereda y no das un disgusto á este vejstorio... Ahora dame un beso.

Enjugó Ana con el pañuelo la humedad de los ojos, posó sus labios en la frente del anciano, y ambos enderezaron los pasos hacia Nuveda: la joven pensando en sus cosas, y don José disfrutando del sol que le prestaba fuerzas.

Encerróse Ana en su alcoba aquella tarde, sacó de la cómoda la *caja de secretos*, buscó papel y pluma y escribió largo y tendido. A veces levantábase del asiento, daba una vuelta por la habitación, quedábase mirando los dibujos del papel que cubría las paredes, se ponía ceñuda, meditaba como un hombre de Estado, y volvía á la brecha, á la carta, con nuevos bríos. En una de estas interrupciones, después de empañar con el aliento uno de los cristales del balcón, escribió en él un nombre que borró en seguida... Y

vuelta á rasgear en el papel... Era preciso anunciarle á Raimundo el próximo viaje á Rocamar, pero sin decirle palabra de la escena que había tenido con su padre, ni dejarle comprender los pro-



yectos de Numa. En los momentos de agitación y de impaciencia, Ana tenía por costumbre jugar con una sortija de oro que siempre usaba; y en ocasión tan grave, el anillo saltó de un dedo á otro cien veces en los momentos de vacilación, mientras la pluma descansaba en la mesa, hasta que al fin quedó en su

puesto, tranquilo y reposado... La carta estaba escrita como Ana quería, sin tachaduras ni enmiendas, y con toda la perfección sintáctica que sólo tienen las mujeres cuando hablan de amor.

Finalizada la peliaguda tarea, Ana abrió de par en par el balcón. Eran las seis de la tarde, hora en que pasaba Raimundo. Esperó, esperó con impaciencia tal, que miraba con tirria á todos los transeuntes que cometían el pecado de no ser *él*... «Vaya un tipo... ¡Cuidado con el tonto aquél!», decía Ana para sí, dando golpecitos con el pie en los hierros del balcón. Apareció el muchacho, y la verdad es que pese á todos los miramientos, y á despecho de las opiniones de don José, Ana, con el alma toda en los ojos, le besó con una mirada insistente, terca, muy honda, y no se quedó atrás el galán, que procuró sorber con la vista aquellos anhelos de amor, hasta que desapareció, volviendo siempre la cabeza.

Guardó la carta Ana para echarla al correo, y después intentó tocar el piano; pero volvieron á ella las ideas tristes, los presentimientos lúgubres, el miedo á la alegría... Y no tocó.

Nadie en la casa volvió á hablar á Ana de sus amores. Don José seguía aislado y solo con sus pensamientos, y doña Socorro evitaba toda ocasión de recordar á Numa, el cual dos ó tres veces más había tenido cabildeos con el magistrado, pero sin ver á la joven. Este silencio en torno suyo interpretábalo Ana como favorable á sus deseos; pero ocasiones había en las que el temor le embargaba de nuevo, y pasaba las horas abatida y quejumbrosa.

Un día al anochecer, don José dijo á su costilla:

—Mira, Socorro, lo mejor es que nos vayamos á la aldea mañana mismo. El tiempo no puede ser más hermoso, y yo siento ganas de marcharme...

—Así lo haremos si quieres.

Y aquella misma noche la casa se convirtió en un baturrillo. Los baúles mundos en medio de las habitaciones, los trebejos de la cocina invadiendo la galería, cuerdas que se arrastraban como culebras por los pasillos; aquí funcionaba la escoba, allá el plumero; cortinas que se venían abajo, armarios vomitando ropa, y al frente de tan complicada maniobra,

doña Socorro dando órdenes, y Ana, que estaba muy á su gusto zambullida y arrebatada por aquel torbellino de cachivaches que pasaban de mano en mano.

Los viajes encantaban á Ana, y cuando se vió en el coche reclinada en los almohadones, abrió la ventanilla para contemplar el paisaje de aquel camino tan conocido por ella. Mientras don José parecía dormir, envuelto en el gabán, y doña Socorro leía, la imaginación de Ana hizo sus correrías por los campos; trepaba á un monte para visitar una ermita lejana; encaramábase á un vericuesto tapizado de musgo; bebía agua en la fuente de un castañar sombrío... ¡Cuánta luz, cuánta hermosura, de la cual apenas nadie disfrutaba, vió Ana desde el coche! Lo que más le gustaba eran los bosques, no los de pinos tristes, sino los de encinas y robles de hojas bordadas, los de viejos castaños roídos, medio huecos, que sacando fuerzas de flaqueza chupaban á la tierra el jugo y lo convertían en el pobre fruto que nos ofrecen en sus últimos días. Apetecíale á la joven correr por las praderas, bien rapadas por la guadaña del aldeano, y lue-

go después, sudorosa y jadeante, tumbarse á la bartola á la sombra de un bálago de hierba. ¡Lástima no poder hacerlo! ¿Qué valía la casa de Nuvareda comparada con aquel caserón inmenso, del cual disfrutaban los pájaros?

El carruaje corría cada vez más. El cochero animaba á los caballos con gritos brutales, y mientras doña Socorro y don José dormían, Ana seguía desarrollando su monólogo:

« ¡Cuidado que es grande todo esto!... ¿Qué harán allí aquellos aldeanos?... ¡Ah! están sembrando... ¡Pobre papá, que no puede ver nada!... Nunca vi sembrar. Dios, que está en todo, de seguro que está metido en la tierra recogiendo la semilla... Después dirá: Bien, ya que este año fuisteis buenos y oisteis misa, os daré mucho trigo, mucho trigo; pero con la condición de que habéis de pagar la renta al amo... cuidado conmigo!... La verdad es que mejor era todo para los aldeanos, que son los que todo lo hacen; pero Dios lo manda, y chitón, se acabó. Y dirá Dios también: Si os portáis bien este año, ¡veréis qué vacas tan gordas y qué cerdos os criaré!... En cambio, si

me dais un disgusto, os seco todos los plantíos, ó á lo mejor, hago de modo que caiga una nevada tan grande, que habrá que hacer suscripciones en los periódicos... ¿Qué hará Raimundo á estas horas? »

Entretenida en estos comentarios acerca de todo lo habido y por haber, y si á mano venía, enmendando la plana á la misma Providencia, á la muchacha se le pasó el tiempo volando, y comenzó á notar que el panorama cambiaba de aspecto. El paisaje verde, las tierras oscuras, recién labradas, el terreno fértil, había pasado poco á poco, diluyéndose allá lejos, apareciendo en su lugar los montes escarpados, muy escuetos y crespos, llenos de anfractuosidades, veteados con tintas azuladas. El cielo era más transparente y puro, el aire más fresco. Allí, muy cerca, respiraba el mar, inundando el espacio con la humedad de su aliento.

—Ahora, ahora pronto... en dando esa vuelta se verá,—dijo Ana en alta voz.—¡Allí está, allí está!...

Y despertó á doña Socorro, que abrió los ojos diciendo:

CAPILLA A...
BIBLIOTECA V...

—¿Qué pasa, niña?...

—¡El mar, el mar!... ¡Mira!...

—Es verdad, sí... Pero me has asustado... ¡Qué azul y qué hermoso! Al fin estamos en Rocamar...

Comenzó el coche á subir una ligera cuesta. Se veía la casa. Asomó Ana la cabeza por la ventanilla, y en cuanto vió á la *Mandila* al balcón, agitó rápidamente el pañuelo.

Todavía la marinera ayudaba á doña Socorro á bajar del carruaje, y ya Ana, hecha una pólvora, había entrado en el jardín sin reparar en *Nolo*, que estaba en un rincón gorra en mano. Colóse en la casa como una racha de viento, abriendo puertas; todo lo anduvo y husmeó; y después de dejar el sombrero en una silla, salió con el pelo al degaire encontrando en el portal á sus padres, á la *Mandila* y á *Nolo*.

—¡Hola, granujilla!... Doña Ramona, pero ¿es este el hijo nuevo de que usted hablaba en una carta?... ¡Ven acá, chiquillo!...

Nolo, tieso como un huso, se apartaba de ella sin decir palabra. Corrió hacia él Ana, manoseóle la cara, y á pesar

del brusco esguince del rapaz para desasirse, le plantó un beso en cada mejilla.

—Quite, que la empuerdo...—se atrevió á decir *Nolo*.

—Creí que no tenías lengua...

—Le sobra la mitad, señorita,—interrumpió la *Mandila*.—Es más prea y malo que Caín... Mire, mire como le rebullen los ojos y qué pinta se le ve... Pero ¿ónde te has metido, maldito, que voy á tener que fregarte esa cara de gorriño, con perdón de los presentes?...

Nolo no chistó.

—De ese lavatorio yo me encargo... Mañana te meto en el pozo del jardín, ¿oyes?—dijo Ana.

—¿Se pué hablar, señá Ramona?—preguntó con gravedad el pillete.

—Si te dan el permiso y la autoridá...

—Güeno... ¡Quiero oír esa música!...

—El mismo demonio, mal año pa él,—dijo la marinera,—no se atreve á lo que tú, indino...

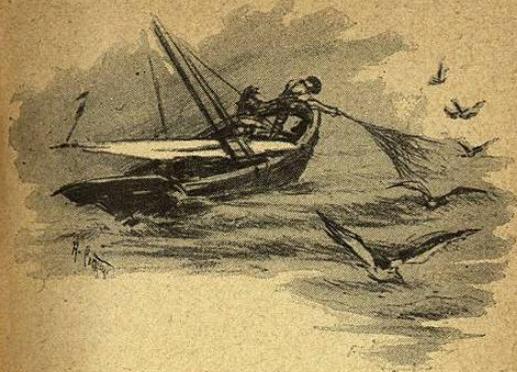
—¿Qué música es esa, *Nolillo*?

—La que está arriba metía en un armario...

Hasta que Ana prometió formalmen-

CAPILLA DE SANTA MARÍA
BIBLIOTECA VINCENZIANA

te sacar cualquier día á relucir la música misteriosa, *Nolo* no quedó satisfecho, y después de obtener la promesa, hizo unas cabriolas sin atender á las amenazas de la seña Ramona, y se alejó silbando.



VII

Pasaron días. Las delicias de mayo esparciéronse por la aldea, y había en los árboles hoja nueva y lucente; en el mar bonanza, murmullos dulces, y en el cielo mucha luz. Los marineros estaban contentos, y mientras la *Mandila* no se apartaba de sus señoritos y trabajaba en la casa, *Tolete* solía aparejar el bote y lanzarse al agua en compañía de *Nolo*; y tal maña se daban ambos, que raro era el día que no llevaban á don José pescado fresco, y á Ana una cestita de percebes, erizos, mejillones ú otros mariscos.

CAPILLA DE SANTA ROSA
BIBLIOTECA